

## **EL ESTRATEGA**

**Mención Especial en el III Concurso de Relato Corto La Encerrona – 2006**

**Autor: Javier MANERO MARTINEZ**

El sol ya había perdido la batalla con la noche. Los pastores pasan delante de mi sabiendo que es el último día. Un vientecillo templado cimbreo los árboles que están a mi espalda. El olor del río Arga sube hacia los corralillos de Santo Domingo por la muralla arriba. Los victorinos esperan con los seis bueyes de Chopera el toque del cuerno en los corrales del Gas.

Patas finas, ojos nerviosos, pelos lustrosos, no muy grandes, bien hechos, por arriba ligeramente veletos. Todos menos uno, cárdenos. Un regalo para la vista.

Cornetazo a lo lejos y el murmullo de cencerros, de pezuñas mordiendo el asfalto y los gritos de los pastores suben pasando el puente sobre el Arga.

¡Ya vienen! Cientos de ojos expectantes agarrándose a la madera del vallado. Los albaserradas de Victorino Martín siguen el guión en manada, sin rezagar a los bueyes pero mandando en la cabeza. Huele a ganado bravo, las varas de avellano golpetean el suelo cambiándoles el ritmo cuando llega el umbral del corralillo. Un pequeño acelerón y se cierra rápido la madera al traspasar la puerta el último animal. Aplausos y risas. Ya están preparados para mañana. Cuando amanezca y lleguen las ocho, estos toros que debutan en la carrera protagonizarán lo más grandioso de los sanfermines: el encierro de Pamplona.

Me bajo del vallado de un salto, todavía queda el olorcillo caliente del paso de la manada. Son las diez de la noche, me pasa como a los cabestros, que voy acusando ya el cansancio de todas las fiestas de aquí para allá. He decidido que mañana me cambio de sitio. Ya vale de correr por la Estafeta, pegándose con uno con otro, trompicándose,

cayéndose y no disfrutando. Llevo veinte años esperando a los toros frente a la cuchillería Gómez, pero últimamente ando más por los suelos que corriendo limpiamente. Desde que suprimieron las aceras en Mercaderes ha menos gente allí, hay mucho más peligro, pero yo tengo experiencia, sé lo que hay que hacer y espero no perder los papeles y salir huyendo. También podía dar la curva cuando se caen, aprovechando para entrar por detrás. Deja, deja, ¡que miedo!, siempre se levantan cabeceando y como no lo he hecho nunca seguro que me caigo.

Han comenzado los fuegos artificiales iluminando la noche de Pamplona; yo sigo con mis cavilaciones, dirigiéndome a casa. Así llevo toda mi vida, sacrificando la noche, porque llega una hora en que en mi cabeza se produce un bloqueo y sólo veo toros y encierro. Nunca he sabido si esto era una suerte o una desgracia. Sólo sé que mañana tengo que hacerlo bien. Los esperaré al final de la cuesta de Santo Domingo y cuando estén a la altura del mercado, empezará a correr al centro de la plaza del Ayuntamiento y ahí ya tengo que verlos. Sobretudo entrar a Mercaderes un segundo antes que ellos y confiar en que no derroten mucho o que uno venga adelantado. ¡Dios que miedo tengo! Si alguno de los seis se cayese, podía meterme en ese hueco, pero con lo rápido que se levantan, igual me hace hilo en carrera y tengo que tirarme de cabeza. Así no me voy a poder dormir, si casi tengo más miedo que el día siete. Conclusión final: con dos cojones, al centro de la calle y ya saldré como sea.

Los días catorce de julio tienen un sabor especial, la gente sabe que lo bueno se acaba y que hay que esforzarse por hacerlo un poco mejor. Predomina el blanco y rojo.

El saludo cariñoso y nervioso a la vez. Al ser el último día hay un cierto toque de relajación, como si el riesgo fuese menor. ¡Vaya tontería!

La Pamplonesa ataca “La Dominguera” en la plaza de los Burgos diciendo adiós a ocho mañanas de dianas y miedos.

Un amigo que lleva muchos años corriendo el tramo que voy a intentar me dice mirándome fijamente a los ojos: -Javier, fundamental no perder el control, vienen mucho más deprisa que en Estafeta, impresiona la velocidad, pero tu tienes cabeza y piernas. Suerte y, ya sabes, mirando, mirando...-

Mientras le escuchaba apoyado en la pared del Ayuntamiento, noto mi corazón como si sonase fuera de mi cuerpo y los que están alrededor lo pudiesen oír. Tengo que pensar en acompasar la respiración. ¿Y si me voy a la Estafeta que allí se de que va la historia? Las campanas de San Cernin suenan agudas en frente de mí.

¡POUM! Ha sonado el cohete más poderoso que nunca, esto se pone en marcha. El segundo también suena muy cerca. Gritos para sacudir el miedo. La gente empieza a correr, yo, quieto. Abajo, cerca de la hornacina, todos saltan buscándolos con la vista. Máxima concentración. Los que saltaban empiezan a correr hacia mi. ¡Ya están ahí!

Dos cárdenos abriendo manada. Ya los veo. Salto a la calzada de adoquín. ¡Vamos, vamos!

Alcanzo el Ayuntamiento, voy de los últimos, mi giro hacia atrás, estoy en línea con los dos victorinos. Uno de ellos lleva el hocico lleno de espuma de babas. Enfilo Mercaderes, marco con el periódico de mi mano derecha la distancia. Ya he conseguido lo difícil. Un montón de gente en el suelo a mi izquierda, no puedo saltarlo, me caigo.

¡FFFFF! Un derrote del cárdeno que me enfilaba, puntea hacia el suelo al saltarme y yo me cubro con las manos la cabeza. Toda la manada pasa veloz. Ha sido un segundo. Me levantan en volandas. ¿Estás bien? Sí, sí, eso creo.

Me he puesto delante, lo he hecho bien. Trato de congelar en mi cabeza la imagen del victorino siguiéndome justa al entrar en Mercaderes. Suena lejos el cuarto cohete. Me ha gustado mucho. Tengo un año por delante para volver a intentarlo.